

La Universidad Nacional: fundación y procesos redefinitorios

JAVIER GARCIADIEGO

Porfiriato y Revolución

La reforma universitaria en Córdoba, Argentina, de 1918, y la lucha por la autonomía universitaria en México, de 1929, son procesos paralelos y casi coetáneos. Cierta línea de continuidad es perceptible y son muchas sus coincidencias, aunque sin duda éstas son superadas por sus diferencias.

La historia moderna de la universidad mexicana se remonta a 1910, año gozne entre el final del antiguo régimen y el inicio de la Revolución mexicana. Durante sus primeros diez años la Universidad de México sufrió un proceso de transformación radical: de ser una institución fundada por intelectuales científico-positivistas como Justo Sierra y Ezequiel Chávez, en el marco de las celebraciones porfiristas por el centenario de la Independencia, pasó a convertirse en una institución identificada con la Revolución, al conjuro de José Vasconcelos.¹ Más sobrevivencia que continuidad, y más transformación que sobrevivencia.

La institución creada en 1910 dependería del Estado y estaba constituida por cuatro facultades —Ingenieros, Jurisprudencia y Medicina, a las que se integró la de Altos Estudios, creada al efecto—; asimismo, parte esencial de ella era la Escuela Nacional Preparatoria, bastión del positivis-

mo desde su creación, en 1867. Era una institución, además de estatal, elitista y protegida por el régimen porfiriano: en la Universidad de México estudiaban en 1910 menos de mil jóvenes, la mayoría de ellos vinculados a la oligarquía porfiriana.

En realidad, su creación en 1910 no implicó la construcción de nuevos edificios o instalaciones; tampoco supuso transformaciones pedagógicas profundas, pues siguieron impartiendo las mismas licenciaturas que antes se estudiaban en las escuelas no integradas; además, siguieron con los mismos planes y con los mismos textos. En tanto que no se aceptó la creación de licenciaturas modernas y prácticas, como química o administración, la Universidad Nacional nació obsoleta: era una institución pedagógicamente restrictiva y tradicionalista. Con todo, a pesar de su estrechez y centralismo, su fundación fue definitiva, en tanto sólo puede transformarse lo existente; la Universidad de México no sería la excepción: 1910 fue sólo el principio.

Comprensiblemente, en los círculos universitarios —profesores y alumnos— se simpatizaba con Porfirio Díaz, lo que explica el reducido apoyo al movimiento revolucionario de Madero. Sin embargo, su conservadurismo en política no corresponde con sus posturas en materia pedagógica. Durante el mismo mes en que se reinaguró la Universidad Nacional —septiembre de 1910— los jóvenes organizaron su Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en el que propusieron varias transformaciones de carácter pedagógico: solicitaron la creación de escuelas dedicadas a la enseñanza agrícola e industrial, pidieron algunos cambios en cuestiones de evaluación y reclamaron mayor injerencia en el gobierno de las instituciones educativas.

¹ En este ensayo he reducido al mínimo el aparato erudito, limitándome a las referencias bibliográficas inevitables. El interesado en profundizar en el tema o en constatar mis "fuentes" puede consultar mi libro *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, El Colegio de México/UNAM, México, 1996. También puede ser consultado un largo artículo en el que resumí dicho libro: "De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana", en *Historia mexicana*, El Colegio de México, vol. XLVI, núm. 4, octubre-diciembre 1996, pp. 769-819.

En rigor, dado que los delegados a ese Primer Congreso Nacional de Estudiantes provenían de los elementos más politizados del sector estudiantil, resulta explicable que junto a los debates de carácter pedagógico hayan surgido manifestaciones políticas a favor de la cruzada maderista, urbana y clasemediera, contraria a la reelección de Díaz. Sin embargo, debe advertirse que ese Primer Congreso Nacional de Estudiantes no estaba restringido a los estudiantes de la recién creada Universidad de México: participaron en él estudiantes de provincia y jóvenes miembros de instituciones no universitarias. Mientras que la oposición a Díaz fue considerable entre los estudiantes de agricultura y los normalistas, los jóvenes universitarios reflejaron sus altos orígenes socioeconómicos y su satisfacción con un régimen que los había favorecido institucionalmente a través de gente como el ministro Justo Sierra. La clase social a la que pertenecían era la más beneficiada de la paz y el progreso económico alcanzados durante el porfiriato.

Estos jóvenes eran ajenos a la lucha revolucionaria, que derrocó a Díaz a mediados de 1911. Con él saldría Justo Sierra, con lo que la institución perdió su manto de protección² y quedó expuesta a posibles revanchismos políticos, en tanto institución elitista y de filiación *científicoporfiriana*. Durante el gobierno de transición formado a la caída de Díaz, el nuevo secretario de Instrucción fue un cercano colaborador de Madero y enemigo acérrimo de los Científicos —Francisco Vázquez Gómez—, lo que se reflejó en su maltrato a la institución, conducta que propició la primera movilización estudiantil antirrevolucionaria.

Comenzó así un decenio caracterizado por la politización, el empobrecimiento educativo

y el forzoso proceso de adecuación a la cambiante situación nacional. Obviamente, las actitudes, problemas y transformaciones variaron de escuela a escuela, por ejemplo: los estudiantes de Medicina formaron equipos de sanidad y asistencia médica en varios momentos de la lucha revolucionaria y Jurisprudencia sufrió un empobrecimiento docente notable, pues sus profesores ocuparon las plazas burocráticas y políticas vacantes por los numerosos cambios gubernamentales del decenio. Mientras la escuela de Ingenieros y la Preparatoria llevaron una vida más apacible, la de Altos Estudios padeció por su abigarrado y contradictorio proyecto fundacional.

Durante los primeros cuatro años, dado que la Ciudad de México se mantuvo ajena al conflicto, que se desarrollaba en las lejanas llanuras y sierras del norte y en los cercanos cañaverales de Morelos, la continuidad pedagógica y la estabilidad sociopolítica caracterizaron a la institución. A pesar de ello los estudiantes organizaron a principios de 1912 un movimiento contrario al gobierno de Madero, al que acusaron de carecer de principios latinoamericanistas y nacionalistas.³ A mediados de ese año se dio un serio movimiento secesionista en la Escuela de Jurisprudencia, la

³ El conflicto de enero y febrero de 1912 se debió a que el gobierno obstaculizó las intenciones del escritor argentino Manuel Ugarte de impartir unas conferencias, alegando que con ellas pretendía atacar al gobierno estadounidense, con el que México tenía relaciones diplomáticas amistosas.



² Véase *La Universidad de Justo Sierra*, Juan Hernández Luna (comp.), Secretaría de Educación Pública, México, 1948. La versión "clásica" sobre la participación de Sierra en la creación de la Universidad, versión que he refutado en los dos escritos arriba citados, es la de Edmundo O'Gorman, "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México" [1948], en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Universidad Veracruzana, Jalapa 1960. La más completa y actualizada biografía es la de Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, 2 vols., UNAM, México, 1986.

más politizada de todas en tanto formadora de los cuadros burocrático-políticos del país. Necesitado de quitarle el control de la escuela al grupo de los Científicos, el presidente Madero nombró como director a un conocido revolucionario, el intelectual Luis Cabrera. Como era previsible, éste fue repudiado por la gran mayoría de los profesores y alumnos, quienes juntos crearon la Escuela Libre de Derecho,⁴ de postura refractaria a las transformaciones nacionales que por entonces se iniciaban.

Aunque sin implicar conflicto institucional alguno, a finales de ese 1912 varios de los profesores y alumnos más sensibles a los cambios sociopolíticos que estaban transformando al país, todos ellos miembros del Ateneo de la Juventud, crearon la Universidad Popular, en la que impartirían gratuitamente conferencias y cursillos de divulgación científica y cultural a los obreros y trabajadores de la Ciudad de México.⁵ Si bien nunca se planteó como una escisión, la labor de los involucrados —José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Pruneda, Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán, entre otros— implicaba el surgimiento de una concepción educativa más amplia que la sostenida por el gobierno, así como más apropiada a esos tiempos de politización y ascenso de las masas. La Universidad Popular realizó su admirable labor a lo largo de diez años, hasta 1922, cuando el gobierno asumió esa labor divulgadora, oficializándola, tomándola política esencial para el Estado posrevolucionario.

Esta atinada percepción de las transformaciones sociopolíticas que moldeaban al país; esta apropiada propuesta de ampliar la oferta educativa, restringida hasta entonces a las clases medias y altas, y esta precoz expresión de una alianza entre jóvenes de clase media y grupos populares, aunque premonitoria, involucraron al principio sólo a una minoría. La mayor parte del conglomerado universitario seguía siendo conservadora, como lo demostraría su apoyo al cuartelazo contrarrevolucionario de febrero de 1913, que costó la vida al presidente Madero y que permitió el ascenso al poder del general Victoriano Huerta.

Los motivos del apoyo de la comunidad universitaria al general Huerta fueron varios. Primero que todo, Huerta había

usurado la presidencia prometiendo orden y estabilidad y garantizando los intereses socioeconómicos de las clases sociales a las que pertenecían la mayoría de los estudiantes. Además, el nuevo gobierno implicó la sustitución de los cuadros políticos maderistas, lo que se hizo con algunos políticos ex porfiristas y con destacados profesores universitarios. Es indudable que la participación en el gabinete de varios profesores como Rodolfo Reyes, Francisco León de la Barra, Jorge Vera Estañol, Carlos Pereyra, Aureliano Urrutia, José María Lozano y Nemesio García Naranjo, así como el apoyo de Emilio Rabasa desde el Senado —para no mencionar muchos otros ejemplos en numerosos puestos menores—, selló el pacto de apoyo y colaboración mutua.

La restauración también se dio en la esfera universitaria. Algunos directivos con simpatías por el maderismo fueron sustituidos por destacados universitarios; por ejemplo, Pruneda fue sustituido en Altos Estudios por su creador, Ezequiel Chávez. Cuando éste fue ascendido a rector, seis meses después, la dirección fue ocupada por Antonio Caso, de tiempo atrás involucrado en esa escuela. Asimismo, cuando Cabrera dejó la dirección de Jurisprudencia varios de sus viejos profesores volvieron a esta escuela.

La buena marcha de la Universidad Nacional se debió también a otros factores: la Ciudad de México gozó de paz y tranquilidad absolutas hasta la caída del huertismo, en agosto de 1914. Además, a pesar de sus elevados gastos bélicos, el gobierno de Huerta no redujo el presupuesto universitario. Sobre todo, una profunda reforma pedagógica animó la vida universitaria durante ese periodo: el joven ministro García Naranjo y varios conocidos profesores dieron un golpe definitivo al positivismo, gracias a lo cual la educación pasó a ser más práctica que teórica, y más especializada que general y enciclopédica.⁶

El dominio huertista obligó a los miembros maderistas de la comunidad universitaria a huir, esconderse o adaptarse. Asimismo, Huerta también sufrió la oposición de algunos pocos universitarios decididamente promaderistas, cuya actitud dependió tanto de su compromiso como de su significación y de la presión ejercida contra ellos. Para comenzar, Cabrera, director promaderista de la Escuela de Jurisprudencia, tuvo que huir de la ciudad, incorporándose como asesor al ejército revolucionario. Igual que Cabrera, pronto se incorporaron a los campamentos revolucionarios gente como José Vasconcelos, Alberto J. Pani y Martín

⁴ Jaime del Arenal, "La fundación de la Escuela Libre de Derecho", en *Revista de Investigaciones Jurídicas*, núm. 11, México, 1988, pp. 555-805; "Luis Cabrera, director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia", en *Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM*, núm. 10, México, 1989.

⁵ Además de las autobiografías, "memorias" y epistolarios de los involucrados, consúltese John Innes, "The Universidad Popular Mexicana", en *The Americas*, Washington, vol. xxx, núm. 1, julio de 1973. Del mismo autor, *Revolution and Renaissance in Mexico: El Ateneo de la Juventud*, tesis doctoral en historia, Universidad de Texas, Austin, 1970.

⁶ Consúltese la versión del propio García Naranjo en sus *Memorias*, 10 vols., Talleres El Porvenir, Monterrey, 1948-1963. En particular consúltese el tomo VII, titulado *Mis andanzas con el general Huerta*.

Luis Guzmán, intelectual, funcionario y alumno, respectivamente. Lo mismo harían otros jóvenes, la mayor parte de ellos originarios de los estados del norte, como Gustavo Espinoza Mireles y Aarón Sáenz, ambos estudiantes en Jurisprudencia que pronto serían secretarios particulares de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, respectivamente. Aunque hubo otros estudiantes que se incorporaron a la lucha, por obvias razones sociales y geográficas fueron más los que lo hicieron desde escuelas no universitarias, como la Normal o la de Agricultura. Además, estas pocas incorporaciones a los grupos revolucionarios se dieron sobre todo en los ejércitos norteros, más profesionalizados y con proyecto estatal, que en las huestes rurales zapatistas, a pesar de que operaban en una región muy cercana a la capital.

A mediados de 1914 triunfaron los revolucionarios y tomaron la Ciudad de México. La Universidad Nacional había sido una institución abrumadoramente huertista y antirrevolucionaria. Los problemas que se le presentaron eran: ¿cómo sobrevivir al dominio de los vencedores?, ¿cómo adaptarse a la nueva situación? Por razones estrictamente defensivas, algunos funcionarios y profesores del periodo huertista pretendieron tardíamente hacer autónoma a la institución, para aislarla de los revolucionarios,⁷ quienes, pre-

visiblemente, las ignoraron, pues tenían nuevos proyectos para la Universidad Nacional, ideados por gente como Félix Palavicini, Alfonso Cravioto, Valentín Gama, Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos, entre otros. Si bien éstos eran intelectuales confiables, el cuerpo docente huertista más destacado fue dado de baja, afectándose la calidad de la institución. Sin embargo, el mayor problema no fue el deterioro del claustro sino la inestabilidad política y socio-económica que por primera vez sufriría la Ciudad de México. En menos de año y medio hubo cinco gobiernos, cada uno con sus diferentes proyectos y equipos universitarios. El resultado fue que no hubo continuidad alguna: fueron tiempos angustiosos para la institución; además, se sufrió una parálisis en buena parte de las actividades universitarias, consecuencia de las dificultades de la vida cotidiana en la capital.

Después de la lucha contra Huerta sobrevino la "guerra de facciones", que enfrentó a los antes aliados revolucionarios. A finales de 1915 y principios de 1916 el triunfo de los constitucionalistas sobre los convencionistas era incuestionable. La comunidad universitaria le dio pronto su apoyo, puesto que era la facción más moderada, dado que era la única que garantizaba el orden en el país, y en tanto entendieron que el antiguo régimen, con el que simpatizaban hasta muy poco antes, había sido fatalmente vencido.

Las consecuencias fueron desastrosas para la institución, aunque afortunadamente temporales: la Preparatoria fue separada del sector, quedando bajo la férula del gobierno capitalino; para colmo, desapareció la Secretaría de Instrucción Pública y la Universidad Nacional pasó a convertirse en el Departamento Universitario y de Bellas Artes, más burocrático y ligado al gobierno. Sin embargo, por otra parte el gobierno de Carranza buscó establecer buenas relaciones con los universitarios, a los que necesitaba para la conformación de su gobierno y para iniciar la reconstrucción del país. Si su participación en la lucha había sido menos que magra, ahora les correspondía tomar un lugar protagónico.

Las coincidencias entre los universitarios y los constitucio-



⁷ El promotor de esta idea autonomista, más bien defensiva y antirrevolucionaria, fue Ezequiel A. Chávez.

nalistas también se dieron en el ámbito diplomático: ambos eran *yancóforos* y latinoamericanistas. Además, pronto se hizo evidente que los estudiantes de 1917 eran distintos a los de 1910: para comenzar, no habían sido beneficiarios del porfiriato, y en cambio habían padecido el caos revolucionario, lo que precisamente los orilló a apoyar a la facción más moderada, única capaz de imponer el orden y establecer un gobierno nacional. Recuérdese que la generación que padeció el terrible año de 1915 en las aulas luego se caracterizaría por sus afanes re-constructivos.⁸

Ello no quiere decir que sus relaciones fueran idílicas: algunos jóvenes reclamaron airadamente la separación de la Preparatoria; otros solicitaron el otorgamiento de la autonomía. Con todo, la estabilidad permitió una mejora de la institución, modesta aunque constante. Sobre todo, era obvio que el proyecto porfirio-sierrista había sido definitivamente desechado: en lugar de una institución elitista ahora se pretendía que la Universidad Nacional tuviera como principal objetivo la capacitación profesional, en términos modernos, de la nueva clase media; además, signo de los tiempos, se esperaba de ella mayor conciencia social y compromiso político. Por ello puede concluirse que su transformación durante el decenio revolucionario fue definitiva.

La etapa vasconcelista

El derrocamiento de Carranza y la llegada al poder de los revolucionarios sonorenses, a mediados de 1920, dio lugar al nombramiento de Vasconcelos como jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes. Esta nueva posición del ateneísta trajo un gran impulso animador, que consolidó y profundizó la transformación de la institución.

La pacificación del país, el inicio de su recuperación económica, las propuestas de un grupo portador de un proyecto nacional más moderno y la pujanza de José Vasconcelos explican la impresionante labor educativa que se desarrolló entonces. Esos enormes esfuerzos educati-

⁸ El "manifiesto" con el compromiso de esta generación se encuentra en Manuel Gómez Morín, 1915 [1926], reeditado en una antología reciente titulada *1915 y otros ensayos*, Jus, México, 1973, pp. 19-38.



vos parten de un supuesto: Vasconcelos creía firmemente que la transformación y el otorgamiento de la educación eran un compromiso revolucionario tan importante como el de la reforma agraria o la implantación de la democracia.⁹

Lo primero que hizo fue convocar a los universitarios a colaborar en la cruzada contra el analfabetismo, tanto rural como urbano. Vasconcelos también apeló a la buena voluntad de los universitarios para que apoyaran otra campaña complementaria: la "santa cruzada contra la ignorancia". El objetivo de Vasconcelos era que los universitarios se transformaran en "misioneros" y que la Universidad Nacional fuera la iniciadora de la redención nacional.

Obviamente, esta labor sería extracurricular. Por lo que se refiere a la marcha de la institución, Vasconcelos

⁹ La versión del propio Vasconcelos sobre su cruzada educativa, se encuentra en el tercer tomo de sus "memorias", titulado *El Desastre* [1938], varias reediciones. El más completo y actualizado análisis de la labor educativa durante el periodo, en Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, UNAM, México, 1989.

procedió inmediatamente a la reorganización de la Universidad Nacional, buscó también que en ella imperara la democracia interna y propició el desarrollo de una educación con aplicaciones prácticas y concretas. Por ejemplo, la Facultad de Altos Estudios pasó a ser una escuela pedagógica; la de Ingenieros se comprometió a colaborar en la recuperación de la economía nacional y en disminuir la dependencia tecnológica del exterior, y en Medicina se insistió en que los profesores y alumnos debían enfrentar en sus escenarios a los enemigos de la salud. Por último, luego de reintegrar a la Preparatoria, intentó que ésta recuperara sus características enciclopédicas y que sus programas acercaran el mundo de las ideas al mundo del trabajo.

El rasgo distintivo de la Universidad Nacional durante el periodo de Vasconcelos consistió en que sirvió como catalizadora en la recreación de la Secretaría de Educación Pública, a mediados de 1921.¹⁰ Vasconcelos ascendió de rector a ministro fundador de la Secretaría de Educación, desde la cual gobernaría todo el sector educativo del país, incluyendo la Universidad Nacional. Su concepto de educación era estatista, global y centralizado. Esto explica la razón por la cual Vasconcelos no fue por entonces partidario de su autonomía: deseaba seguir manejando a la Universidad desde la Secretaría de Educación. Según Vasconcelos, eran responsabilidades del gobierno velar por el contenido de la educación, evitar que los estudiantes cayeran en la apatía social, así como “remover al organismo universitario para que responda a las necesidades de la época”. En rigor, más que estatista, el proyecto educativo de Vasconcelos era personalista: a nadie le concedía capacidad para encabezar su cruzada; cualesquiera otras ideas o propuestas alternativas le parecían “impuras”. Por eso Vasconcelos fue un auténtico “caudillo cultural”.¹¹

El compromiso de los universitarios, según Vasconcelos, trascendía el ámbito nacional, pues creía que todos debían ser congénitamente iberoamericanistas. En lo personal, su iberoamericanismo fue activo y militante, lo que le atrajo muchas simpatías entre los universitarios del continente. Por ejemplo, apoyó la organización del Congreso Internacional de Estudiantes de México, de finales de 1921, el que fue presentado como continuación de “las orientaciones internacionalistas definidas

por el movimiento de Córdoba”.¹² Su activismo, proyectos y postulados continentales dieron lugar a que el prestigio de Vasconcelos fuera utilizado en Sudamérica para combatir las estructuras universitarias arcaicas, con lo que puede concluirse que éste y la reforma de Córdoba se convirtieron en los factores paradigmáticos de los cambios universitarios acaecidos por entonces.

En efecto, si bien las transformaciones de la Universidad de México, tanto en sus aspectos académicos como en cuanto a sus compromisos sociopolíticos, fueron producto de la Revolución mexicana, la mayor parte de dichos cambios tuvieron lugar durante el periodo vasconcelista, entre 1920 y 1924. La Revolución mexicana sentó las bases de dichos cambios, pero sus actores principales fueron Vasconcelos y sus jóvenes colaboradores. Sin embargo, resulta fundamental afirmar que al momento de iniciar sus reformas, en 1920, Vasconcelos se reconoció influido por el espíritu de Córdoba. Cuando realizó su histórica gira por Sudamérica, en 1922, como secretario de Educación, al visitar la Universidad de Córdoba se refirió a ella como “la cuna de la reforma” y como ejemplo continental respecto a la “renovación de las ideas y de los métodos de enseñanza”.¹³ Por ello la cruzada educativa de Vasconcelos debe verse como una confluencia y una síntesis de los compromisos de la Revolución mexicana y de las propuestas académicas de la reforma de Córdoba.

La labor de Vasconcelos fue de enorme trascendencia. A su llegada la Universidad Nacional funcionaba mediocremente y en el vacío, sin cohesión ni ánimo, sin proyecto ni convicciones futuras; sólo proporcionaba una educación profesional limitada y tradicional a una minoritaria población estudiantil. Durante su gestión se llevó a cabo un profundo cambio en la institución, dentro de un plan global que abarcaba toda la educación nacional, la que en tanto compromiso revolucionario tenía que ser nacionalista y popular, accesible a la inmensa mayoría de los ciudadanos. Fue de tal magnitud la transformación durante el periodo vasconcelista, que debe afirmarse que la Universidad Nacional fue refundada en 1910 pero que en verdad nació en 1920.

¹² Daniel Cosío Villegas sostiene la idea de que el Congreso Internacional no estuvo influido por la reforma de Córdoba; para ello señala las diferencias que había entre las universidades argentinas, con su excesivo número de profesores, y las del resto del continente, con escasez de educadores. Sobre todo, aseguró que en México “no sabíamos una sola palabra” de la famosa reforma. Cfr. Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976, pp. 72 y 73.

¹³ Fell, *op. cit.*, pp. 606-622.

¹⁰ Consúltense la antología *José Vasconcelos y la Universidad*, Álvaro Matute (ed.), UNAM, México, 1983.

¹¹ El concepto es de Enrique Krauze, aunque él lo haya utilizado para caracterizar a Manuel Gómez Morán y a Vicente Lombardo Toledano.

Conflictos políticos con el presidente Obregón y con el secretario de Gobernación Plutarco Elías Calles orillaron a Vasconcelos a renunciar a mediados de 1924. Después de un rectorado de transición, la Universidad Nacional fue dirigida por Alfonso Pruneda durante la presidencia de Calles, de finales de 1924 a finales de 1928. Fueron años de reorganización administrativa e institucional y en los que continuó el propósito de formar profesionistas útiles a las clases populares, lo que se explica por el hecho de que Pruneda había sido uno de los principales promotores de la Universidad Popular. Además, durante esos años se iniciaron cambios en los reconocimientos y exámenes y en los programas y planes de estudio. Ejemplo de combinación de tales propósitos populares y cambios académicos fue la licenciatura en Medicina, que aumentó un año su duración, además de incluir un internado para los jóvenes al concluir sus estudios.¹⁴ Contra lo planeado, poco después estos cambios llevarían a la Universidad de México a un grave conflicto, que se convirtió en una de las coyunturas más importantes de su historia.

Hacia la autonomía

Los años de 1928 y 1929 son especialmente significativos para la historia contemporánea de México. A mediados del primero murió asesinado el presidente electo Álvaro Obregón. Como presidente provisional fue designado Emilio Portes Gil, quien nombró a Ezequiel Padilla como titular de la Secretaría de Educación Pública. Ambos eran egresados de la Escuela Libre de Derecho y, por lo mismo, previsibles partidarios de la autonomía de la educación superior. Como rector fue nombrado Antonio Castro Leal, antiguo miembro de los Siete Sabios, quienes hacia 1917 habían solicitado la autonomía de la Universidad Nacional. Las ideas libertarias no eran exclusivas de los funcionarios: a principios de 1929 tuvo lugar el VI Congreso Nacional de Estudiantes, y una de sus conclusiones fue demandar la independencia universitaria.

Al margen de ese clima autonomista, en ese 1929 se dieron dos conflictos que habrían de tener enormes consecuencias: en la Preparatoria se aumentó un año al plan de estudios, y en la Facultad de Derecho su director —Narciso Bassols— modificó el sistema de reconocimientos y evalua-

ción. Ambas decisiones fueron rechazadas por los estudiantes, con movilizaciones y movimientos huelguísticos que se prolongaron del mes de marzo al de julio. Ilustrativamente, la lucha fue bautizada como la “huelga de mentes quietas”.

En un primer momento las autoridades políticas y educativas se mostraron inflexibles, pero la misma actitud asumieron los estudiantes. El conflicto pronto se agravó, pues el gobierno asoció el movimiento estudiantil con la oposición electoral vasconcelista, en tanto varios líderes estudiantiles —Alejandro Gómez Arias y Salvador Azuela— también lo eran del vasconcelismo; éstos fueron acusados de ser “traidores a la patria”; la represión policial se endureció, y como consecuencia también aumentó la movilización estudiantil. Lo decisivo fue que los reclamos por asuntos escolares comenzaron a convertirse en una demanda autonomista.¹⁵

Dado que en ese momento comenzaba la contienda electoral por la presidencia entre Pascual Ortiz Rubio y José Vasconcelos, el gobierno rechazó cualquier respuesta represiva y en cambio optó por una solución conciliadora. Además, al igual que Portes Gil y Ezequiel Padilla, el candidato oficial Ortiz Rubio también era partidario de la independencia universitaria, como lo prueba su apoyo en 1917 a la autonomía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Significativamente, es incuestionable que la meta autonomista era compartida por el estudiantado y por las autoridades nacionales. Es más, fueron algunos líderes estudiantiles vasconcelistas los que obstaculizaron la reivindicación autonomista: además de que su caudillo la cuestionaba, los estudiantes vasconcelistas y el propio Vasconcelos pugnaron por la prolongación del problema, pues ello agitaría más el ambiente en el que se desarrollaba su campaña electoral opositora.¹⁶

¿Cómo fue el proceso final del conflicto? ¿Cómo se resolvió? El pliego petitorio oficial de los estudiantes no incluyó la demanda autonomista, a pesar de que ésta era solicitada por las bases; se limitaba a exigir la renuncia del secretario de Educación, Ezequiel Padilla, y de otros funcionarios del

¹⁵ Una buena historia es la de Juan Molinar Horcasitas, *La autonomía universitaria de 1929*, tesis de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, UNAM, México, 1981. Entre las memorias de los participantes destaca la de Alejandro Gómez Arias [conversaciones con Víctor Díaz Arciniegas], *Memoria personal de un país*, Grijalbo, México, 1990. Otra fuente importante es la de Salvador Azuela, *La aventura vasconcelista*, Diana, México, 1980. Un buen recuento es el de Baltazar Dromundo, *Crónica de la autonomía universitaria de México*, Jus, México, 1978.

¹⁶ Además del tomo pertinente de las “memorias” de Vasconcelos, el cuarto, titulado *El proconsulado*, consúltese John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, Siglo XXI, México, 1982.

¹⁴ Renate Marsiske, “La organización académica y administrativa de la Universidad Nacional en vísperas de su autonomía”, en *Memoria del segundo encuentro sobre historia de la Universidad*, UNAM, México, 1986, pp. 113-125.

sector, así como la derogación de varios planes de estudios vigentes; además, proponía la paridad entre profesores y alumnos en el Consejo Universitario, así como cambios en la forma en que debía elegirse al rector. Luego de la circulación del pliego petitorio, los estudiantes se propusieron apoyarlo con una enorme manifestación, la que culminaría con un mitin frente a Palacio Nacional, a realizarse el 29 de mayo. Dicha manifestación involucró entre quince y veinte mil participantes, pues tardíamente se adhirieron numerosos estudiantes de las escuelas Técnicas y Normales, y se realizó sin intervención po-

licial alguna. Ese mismo día el presidente Portes Gil ofreció la autonomía, presentando su decisión como el obsequio gracioso de un árbitro intuitivo y generoso. Sus palabras son muy claras al respecto:

Aunque no explícitamente formulado, el deseo de ustedes es ver su universidad libre de la amenaza constante que para ella significa la ejecución, posiblemente arbitraria, de acuerdos, sistemas y procedimientos que no han sufrido previamente la prueba de un análisis técnico y cuidadoso, y para evitar ese mal, sólo hay un camino eficaz, el de establecer y mantener la autonomía universitaria.

A cambio del otorgamiento de esa concesión mayúscula, el presidente Portes Gil se negó a destituir a los funcionarios educativos y policiales impugnados.

Algunos líderes propusieron rechazar el ofrecimiento presidencial y continuar la huelga, pues no era la respuesta adecuada al pliego petitorio democrática y formalmente acordado. La asamblea estudiantil votó por aceptar la autonomía ofrecida, pero también por continuar la huelga como presión para la entera satisfacción de sus demandas. Sin embargo, tan pronto se comenzó a debatir la naturaleza de la autonomía universitaria en el Congreso de la Unión decayó la militancia huelguista y algunas escuelas reiniciaron actividades. La escisión entre los dirigentes estudiantiles fue notoria, al grado de que se disolvió el



Comité Central de Huelga. Es evidente que no había consenso entre los líderes respecto a los objetivos de la huelga; tampoco lo había respecto al contexto político nacional. Mientras para unos el movimiento debía circunscribirse a asuntos estrictamente universitarios, para otros la huelga era un factor estratégico en el proceso opositor electoral: previsiblemente, los vasconcelistas, más preocupados en la campaña presidencial, mantenían una "línea dura" respecto a la huelga.

Ante la posibilidad de que ésta se prolongara, el presidente Portes Gil ofreció a los líderes que se escucharían sus objeciones al proyecto de ley autonómica, próximo a publicarse. Los estudiantes aceptaron el nuevo ofrecimiento y acordaron desalojar las instalaciones aún ocupadas por ellos; la exigencia que no depusieron fue la renuncia del rector. Sin embargo, éste pronto renunció, junto con Narciso Bassols, director de Derecho, para facilitar la solución pacífica del conflicto.

El proyecto de ley de la autonomía fue publicado el 22 de junio. El profesorado, que se había mantenido al margen, se inmiscuyó a partir del anuncio autonomista hecho por el presidente y de las renunciaciones de sus directivos. En efecto, a finales de junio constituyeron una asociación de profesores universitarios, promovida por Vicente Lombardo Toledado. La respuesta estudiantil fue negativa y violenta: atacaron a Lombardo y a los miembros de la asociación, llamándolos grupo oportunista e indeseable. Esta conducta

hizo que el presidente criticara severamente a los estudiantes, amenazándolos con la posibilidad de suspender el proceso autonomista y adoptar otras alternativas, como podría ser la entrega de la institución a los obreros, que era precisamente la propuesta del recién creado Partido Nacional Revolucionario, que incluía a la gran mayoría de los grupos políticos y militares sobrevivientes de la lucha revolucionaria.

Luego de esta advertencia, la Ley Orgánica de la Universidad Autónoma de México pudo ser publicada el 10 de julio de 1929. La historiografía de la institución al respecto ha sido broncínea y romántica: partiendo de una concepción voluntarista de la historia y la política, considera que la obtención de la autonomía fue consecuencia de la agitación estudiantil, a pesar de que en rigor los estudiantes no perseguían la autonomía como meta central de su lucha; por lo mismo, puede concluirse que provocaron la concesión de la autonomía pero sin ser sus creadores ni responsables de la idea original.

La interpretación gubernamental, consistente en considerar la autonomía como una simple concesión, es igualmente parcial e incorrecta. Sin embargo, ambas tienen parte de verdad. Mi conclusión incluye ambos factores, a la vez que otorga gran importancia al contexto político nacional. Aun sin ser su principal objetivo programático, la autonomía fue provocada por el movimiento estudiantil. Por otra parte, si bien es cierto que el presidente y las principales autoridades educativas y universitarias eran viejos autonomistas, lo cierto es que el otorgamiento no fue ni producto de sus convicciones personales ni una mera concesión graciosa. Recuérdese que ese 1929 era año electoral, y que el principal candidato opositor era Vasconcelos, símbolo de pureza contra el autoritarismo, la corrupción y el militarismo; lo que lo había hecho muy popular entre el sector universitario, en particular, y entre la clase media urbana, en general. Por lo mismo, el gobierno buscó no multiplicar los focos conflictivos y, sobre todo, impedir que los estudiantes quedaran inconformes e insatisfechos, con lo que apoyarían en pleno al vasconcelismo.

Obviamente, de ningún modo sostengo que la autonomía fue un producto coyuntural, pues debe verse como parte del proceso histórico universitario en su conjunto, reiniciado en 1910 pero radicalmente transformado hacia 1920; debe verse también como una expresión del proceso histórico nacional, cuyo antiguo régimen concluyó en 1910 y en el que el Estado revolucionario nacía hacia 1920.

El año de 1929 sería igualmente decisivo para ambos, Universidad Nacional y Estado posrevolucionario.

Sus "vidas paralelas" tendrían todavía muchos momentos de confluencia y contradicción durante el resto del siglo. De hecho, la autonomía de 1929 puede ser interpretada como una conquista liberadora y benéfica para la institución, aunque también puede ser vista como un rompimiento con los compromisos sociopolíticos del Estado posrevolucionario. No en balde a partir de entonces surgieron en la Universidad Nacional algunos actores y planteamientos conservadores. Alarmado por la oposición de los universitarios al régimen de Cárdenas,¹⁷ el gobierno buscó un acercamiento con este sector, así como con las clases medias urbanas, acuerdo que se prolongó durante más de dos decenios, hasta mediados de los sesentas.

Epílogo

Coincidencias históricas aparte, la Universidad Nacional de Córdoba y la Universidad Nacional Autónoma de México conmemoraron recientemente sendas efemérides definitivas. La primera, su reforma académico-institucional, admirada en todo el continente, a lo largo y ancho del cual se han beneficiado numerosas universidades de su precoz y bienhechor ejemplo.¹⁸ En México se conmemoró, en cambio, un hecho trágico, el movimiento estudiantil de 1968, duramente reprimido, que, paradójicamente, a la vuelta de los años se convirtió en un suceso bienhechor. En efecto, en él está uno de los factores iniciales del proceso democratizador que está transformando la vida del país en estos estertores del siglo xx. Confiamos en que a lo largo del siglo xxi las universidades públicas mexicanas, argentinas y latinoamericanas, continúen cumpliendo con sus compromisos históricos con la ciencia, la cultura, la justicia y la democracia. ♦

¹⁷ Me refiero también a la fuerza de los estudiantes católicos y a la derrota de Lombardo en su polémica con Antonio Caso. Cfr. María Teresa Gómez Mont, Manuel Gómez Morán. *La lucha por la libertad de cátedra*, UNAM, México, 1996. Véase también Silvia González Marín, "La Universidad frente al Estado cardenista", en *Memorias del primer encuentro de historia sobre la Universidad*, UNAM, México, 1984, pp. 154-163.

¹⁸ Consúltese Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1978. Consúltese también Galo Gómez Oyarzún, *La Universidad a través del tiempo*, Universidad Iberoamericana, México, 1998, pp. 123-199. Un buen enfoque comparativo, en Renate Marsiske, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México, 1918-1929*, UNAM, México, 1989.